

rarlo destituido. En Agnani fué abofeteado y preso el octogenario pontífice por la infame cuadrilla. Acudió el pueblo en su defensa y le puso en libertad; mas á los pocos días murió de la conmocion producida por tan viles injurias. El virtuoso Benedicto XI, su sucesor, falleció antes de concluido el primer año de pontificado. Las intrigas del rey de Francia consiguieron que se nombrara sucesor de San Pedro á Clemente V, papa enérgico contra el rey de Inglaterra, pero en extremo débil con el César francés. Se trasladó entonces á Aviñon la sede pontificia, y estalló á poco el gran cisma de Occidente.

Mal podemos hoy formarnos idea del escándalo y descomposicion que se apoderó entonces de la Iglesia. Imposible parece que pudiera salvarse de aquel terrible naufragio. Durante más de tres cuartos de siglo estuvieron resonando por la Cristiandad los anatemas y excomuniones que unos contra otros se lanzaban pontífices rivales, disputándose la legitimidad de la tiara. Hubo á un tiempo papas y antipapas en Roma, en Aviñon y en España. Y para colmo de confusion, discordia tambien entre el pontificado y el concilio, y nada ménos que sobre la grave cuestion de supremacía en la Iglesia. La Cristiandad estaba conmovida hasta en sus más profundos cimientos, sin saber qué voz escuchar. Mientras tanto, revoluciones políticas en Roma, Rienzi proclamando allí la antigua república, y numerosas herejías fermentando por todos los ámbitos del mundo cristiano. Los discípulos de Juan Huss, convertidos en secta guerrera, apoderándose de Praga, saqueando los monasterios, pasando á degüello á monjes y sacerdotes, asolando la Bohemia, y destrozando en batallas campales los ejércitos del emperador Segismundo. Lollard lanzando al mismo tiempo en Inglaterra su secta contra Roma, negando la verdad y eficacia de los Sacramentos, la jerarquía romana y los dogmas más fundamentales de la fé, y desembarcando en el continente con sus doce apóstoles para recorrer la Alemania predicando herejía y ódio á la Iglesia; agravados los estragos de esta herejía con los estragos de la rebelion de Wiclef; los concilios ecuménicos reunidos en Pisa, Basilea y Constanza, no consiguiendo sino aumentar el caos, producir nuevos antipapas y rebajar la supremacía pontificia. Los turcos á los pies de Constantinopla, sin que nadie atienda al grito de cruzada lanzado contra ellos. Tal

era el estado desconsolador en que se veía la Iglesia durante el tremendo cisma.

En 1449 parecia concluido el cisma y restituida la paz á la Iglesia. Mas en realidad no era aquello sino el momento de calma que precedia, no sin siniestros presagios, á otro desquiciamiento aún más espantoso que en el siglo siguiente iba á sobrevenir. La autoridad pontificia salia de esta última convulsion postergada y humillada. La potestad venerable que en otro tiempo disponia del cetro y de la corona de los reyes, habia tenido que recurrir al auxilio de los poderes temporales; y los príncipes hacian sentir por donde quiera á los pontífices la necesidad de su proteccion. Las mismas órdenes monásticas, auxiliar tan poderoso del papado en la cruzada de los albigenses, estaban no pocas veces en disidencia con él.

Para aumento de tanto mal, el Renacimiento extendia por todos lados la idolatría del paganismo, con su inseparable cortejo de incredulidad y liviandad obscena, y en la misma Roma era donde causaba sus mayores estragos. No era estimado como hombre de buena educacion quien no profesara contra los dogmas de la Iglesia alguna opinion errónea ó herética. En la córte se oian sin cesar sarcasmos contra las instituciones de la Iglesia y los misterios de la fé¹. Tanta era la corrupcion que rodeaba á la sede pontificia, que años antes de que iniciara Lutero la terrible explosion quemando en Wittemberg las bulas del papa, exclamaba Maquiavelo con tono profético en uno de sus más profundos escritos: «Quien observe lo pervertido que anda en las instituciones actuales el primitivo espíritu cristiano, tendrá por seguro que se acerca para la Iglesia la hora de una ruina total ó de terribles escarmientos»². El político florentino no hacia en esto más que repetir el vaticinio que en el

¹ «In quel tempo non pareva fosse galantuomo e buon cortegiano colui che de dogmi della chiesa non aveva qualche opinione erronea ed heretica.» En Caracciolo, vida manuscrita de Paulo IV, citado por Ranke.

² Maquiavelo, *Discursos sobre Tito Livio*, lib. I, discurso XII. Maquiavelo escribía esto en 1513; el protestantismo hizo explosion en 1520.

Véase á Roscoe, *Historia de Leon X*, t. III, apénd. núm. 149; *La Civiltà Cattolica* de 15 de Marzo 1873, *La Revue des questions historiques* de Abril y Junio de 1872, y el libro de Gækonovius sobre *Lucrecia Borgia*; sobre todo los apéndices núm. X y el núm. XXXV y el XXXIV. Admirablemente descrita está en este libro la Roma de aquellos tiempos, con las alegres y suetuosas fiestas que allí celebraba el Renacimiento, y la depravacion que reinaba entre los príncipes de la Iglesia, como en todas las clases de la ciudad. Véase, sobre todo, la primera parte del libro *Lucrecia en Roma*.

siglo anterior el cardenal Juliano había pronunciado ante el papa Eugenio: «Tantos desórdenes, escribía el insigne cardenal, excitan el ódio del pueblo contra todo el órden eclesiástico, y si no se pone freno á la inmoralidad, es de temer que los seglares se echen sobre el clero como los husitas..... Se arrojarán sobre nosotros cuando hayan perdido la esperanza de nuestra correccion, convencidos de que el clero es incorregible y no quiere poner remedio á su inmoralidad. La atencion general está en expectativa de lo que haremos, y parece que se prepara para dentro de poco un desenlace trágico. Manifiesto está ya el ódio que sienten hácia nosotros; no han de tardar en creer que hacen á Dios grata ofrenda maltratando y despojando á los eclesiásticos, como gente aborrecible al cielo y á la tierra. Acabarás entonces lo poco que resta de devocion hácia el órden sagrado. Y se imputarán todos estos desórdenes á la córte de Roma, mirándola como causa de tanto mal, porque no se cuidó de aplicar el remedio. Estoy viendo el hacha al pié del árbol, y ya éste se ladea; y en lugar de sostenerlo cuando todavía es tiempo, nosotros mismos lo derribamos en tierra»¹.

Entre tanto siniestros presagios se acumulaban por los horizontes de las naciones cristianas. ¡Reformal reformal era el grito que resonaba por toda la Cristiandad. Lo proferian con indignacion creyentes fervorosos y alegres incrédulos; servia de pretexto á la gente depravada é inquieta para disfrazar su codicia é indisciplina; y con ese grito tambien se removian las pasiones de las masas, de suyo dispuestas en sus ciegos impetus á tomar por reforma lo que no fuera más que apostasia y rebelion y semillero mayor de escándalo y desenfreno. No se distinguía todavía claramente la diferencia que habia entre la reforma que pedian unos y otros. Erasmo y Lutero parecian por entonces estar animados del mismo espíritu y ser los continuadores del severo Gerson y del virtuoso Pedro de Ailly. No chocaban las burlas y difamaciones más sangrientas contra el órden eclesiástico y las cosas santas, hasta tal punto, que los difamadores podian muy bien ganar fama de cristianos fervo-

párrs. XI, XIV, XX y XXI. Los documentos y pruebas que Gregorovius presenta son concluyentes; y salvo en algunos casos, por fortuna rarísimos, el juicio crítico que hace de las personas y sucesos de aquel tiempo es tan severo como imparcial y justo. En cambio, en las conclusiones que deduce de los sucesos históricos no aparecen sino con demasiada frecuencia los resabios del racionalista.

¹ *Epistola I Julian. Card. ad Eug. IV inter opera AEN. SILV.*, p. 66 y siguientes.

rosos. Como al principio de toda revolucion, los mismos que habian de ser las primeras víctimas se reian alegremente de las felices ocurrencias de los novadores, y aplaudian las primeras manifestaciones del espíritu de rebelion. De aquí la popularidad inmensa de Erasmo. El secreto principal de la voga extraordinaria que gozaron entonces los trabajos del festivo escritor de Rotterdam, no fué otro que las sátiras ácerbas que contenian tales escritos contra Roma y su cúria, contra cardenales, obispos, frailes y monjas. Era por entonces Erasmo el escritor más peligroso, porque mejor que nadie representaba el estado de los ánimos momentos antes de estallar la reforma. En aquellos instantes ningun reformador hubiera sido capaz de causar tanto daño como el que produjo Erasmo. No sin razon se dijo despues que Erasmo habia puesto el huevo y que Lutero lo habia empollado. En vano más tarde, cuando se hubo apartado por completo de las filas de los reformadores, dijo Erasmo, para disculparse, que él habia puesto un huevo de gallina, pero que Lutero, empollándolo, habia hecho salir una corneja. Fuera de pollo, ó fuera de grajo, el caso es que del huevo que puso Erasmo nada bueno resultó para la Iglesia; y jamás tampoco podrán dar á luz sino mónstruos y fenómenos, y toda suerte de raras y dañinas animalias, los escritores que, como Erasmo, con el pretexto de enmendar abusos, no temen ultrajar el pudor de su misma madre, haciéndose pregones de los propios vicios maternos. Abundan hoy, como en tiempo de Erasmo, esos escritores que, cuando se trata de poner remedio á la corrupcion que ha invadido á la Iglesia, en vez de adoptar el procedimiento ordinario de todo buen cristiano, para la composicion y reforma de la disciplina y costumbres, prefieren alborotar la plaza pública y hacer todavía mayor el escándalo, convirtiéndose en bufones de la plebe para dar más resonancia al pecado y extender mejor la pestilencia. Con apariencia de censores del vicio, tales hombres son en realidad más inmorales y escandalosos que los mismos protagonistas de las indecentes historias reales ó inventadas que no cesan de divulgar.

De todos modos, fueran ó no incentivo mayor, en vez de remedio de la inmoralidad, hacian furor por entonces los escritos de Erasmo y las sangrientas diatribas que lanzaban contra el pontífice y toda la jerarquía eclesiástica, los que se disponían á ser apóstatas.

La ciencia se había emancipado del santuario, y merced al descubrimiento de la imprenta, con la rapidez del rayo recorrían de uno á otro extremo de Europa los sarcasmos irónicos é incrédulos de los escritores italianos y franceses, y las enérgicas y crecientes protestas y las violentas amenazas que los alemanes lanzaban contra Roma. Se preparaba, en fin, la gran tormenta que al espirar el siglo XV iba á deshacer, en el órden religioso como en el órden político, en filosofía como en las artes, las más de las creaciones seculares trabajosamente elaboradas en el seno de la Edad Media. Y como el pontificado encerraba, en su organizacion como en sus dogmas, toda la sávia y sustancia de aquellos siglos; como era la piedra angular del grandioso edificio de la Edad Media, contra la tiara se amontonaba principalmente la fúria de los elementos desentendados.

En tales condiciones sociales, en medio de tanto combustible hacinado, apareció la gran crisis del siglo XVI iniciada por la protesta de Lutero, que con rapidez increíble se propaga por todo el continente. No era nueva ninguna de las doctrinas del pseudo-reformador: la Iglesia las había condenado como heréticas en repetidos concilios, y bajo el peso de más de cien anatemas yacían inertes sobre el suelo cristiano; pero en aquellos momentos supremos surgieron como voraz incendio, en cuanto las vino á remover una mano osada. En ménos de cuarenta años pudo decirse que el Septentrion de Europa se había hecho protestante. La protesta lo puso todo en conmocion y en pié de guerra, desde los Alpes á la Islandia, de la Finlandia á los Pirineos. Lutero exaltaba las pasiones de la raza teutónica, presentando su reforma como una reaccion de las nacionalidades contra la tiranía papal, como una reclamacion de los príncipes contra el sistema que sustraía á su imperio una parte del hombre. Y los pueblos y las clases todas se levantaban en armas contra Roma, como si se tratara de romper el yugo de una dominacion extranjera. En esta gran convulsion se habían desatado todas las pasiones buenas ó perversas que remueven el alma humana, las grandes aspiraciones y las grandes miserias. Junto á los hombres de bien, escandalizados de la corrupcion del estado eclesiástico, vociferaban protestas los caracteres viles, que en el desenfreno inseparable de toda revolucion intentan satisfacer su codicia. Junto á los filósofos, consagrados al estudio

de la verdad y alucinados por una doctrina, el teólogo sofista, cansado de los votos monásticos y dominado por la soberbia del pensamiento. Junto al príncipe, impaciente de apoderarse de las prerogativas del poder espiritual, los señores, deseando aumentar su patrimonio con la espoliacion eclesiástica. Junto á las masas populares, puestas en movimiento patriótico por falsos tribunales, hordas de campesinos y villanos, protestando contra la tiranía de los señores, derribando iglesias y castillos, y proclamando, en medio del incendio y de la matanza, comunidad de bienes, igualdad de condiciones. Ni una sola nacion del Norte, á no ser Irlanda, se mantenía adicta á la fé de sus mayores. Un embajador de Venecia, regresando de Alemania, refería al consejo de la república que allí no quedaba una décima parte de la poblacion adicta á la Iglesia de Roma. Volvia de Polonia un nuncio de la santa sede anunciando como inevitable catástrofe la ruina completa del Catolicismo en aquellos reinos. En todos lados los principales elementos de la vida intelectual, las corporaciones, las universidades, se habían convertido en focos de herejía. En Viena, en Colonia, en Ingolstadt, en Dilligen, ó estaban las cátedras vacantes, ó las desempeñaban doctores del protestantismo. Por toda Francia circulaban diatribas contra la misa y la transustanciacion: Jacobo Lefebre declamaba en la universidad de Paris contra las supersticiones y abusos del clero; los calvinistas armados recorrían las provincias promulgando espada en mano el Evangelio reformado. En el reino de Navarra, la esposa del rey y hermana de Francisco I, reformaba á su antojo la misa y los libros sagrados. No sólo se hacían protestantes los reinos del Norte, sino que vacilaban hasta los mismos reyes que habían de ser ardientes campeones de la Iglesia. Atentos sólo en estudiar las ventajas políticas del nuevo fenómeno histórico que ante ellos se presentaba, vacilaba Francisco I, vacilaba Carlos V. No había publicado aún Francisco I el edicto de Fontainebleau, y por interés político protegía á los protestantes de Alemania, y seguía correspondencia con Melanchton. Aún no penetrado de toda la gravedad del gran fenómeno histórico que tenía en conflagracion á su época, no comprendiendo bien todavía que la Providencia le destinaba á ser la mano robusta y victoriosa que empuñase la espada de la Iglesia, Carlos V, como emperador, deseaba la humillacion de los papas,

incansables y tradicionales adversarios del imperio en Italia; como emperador le agradaba ver unidos en sus manos los dos poderes, y poder usar indistintamente de las atribuciones del pontificado y de la espada. Y sabe Dios si él que se aprovechaba saqaz del asalto y saco de Roma, y aún descontentando á sus pueblos prolongaba la prision del pontífice, y excitaba á los cardenales á reunir de propia autoridad el concilio si el papa tardaba en convocarlo, sabe Dios el partido que hubiera seguido aquel frío y calculador político, si en los momentos de decision no hubieran pesado en su mente las consideraciones de que el papa podía echarse en brazos de Francisco I, y sobre todo el temor de los conflictos que podrian ocurrir en sus reinos de España, ardientes campeones de la fé católica y firmemente adheridos á la sede romana.

Mas como sobrecogida de no sé qué enfermedad de muerte, cesa de pronto la vertiginosa y triunfal carrera de la reforma. En cuarenta años habia llegado á su apogeo, habia conmovido la Iglesia hasta en sus más hondos cimientos. Pero violentamente sacudida por la terrible protesta, la Iglesia surgia ahora de pronto mejor constituida y más vigorosa que nunca: reformaba la disciplina, extirpaba de su seno los funestos abusos, robustecia en el gran concilio de Trento la autoridad pontificia postergada en Pisa y Constanza, é iniciaba esa magnífica reaccion católica, cuyos rápidos y extraordinarios progresos dejaron muy atrás el primer ímpetu de la protesta luterana. Si el protestantismo á los cuarenta años habia llegado á su apogeo, relegando á su enemigo á las orillas del Mediterráneo, en cambio, medio siglo más tarde, la reconquista católica habia conseguido á su vez completo triunfo, y el protestantismo, acorralado á las orillas del Báltico y de los mares del Norte, quedaba convertido en religion estéril y en simple secta de filosofia dogmática, término medio entre la fé y la duda.

Tremendos vaivenes ofreció la ruda y cruenta contienda. Dividida la Cristiandad en dos campos enemigos, por uno y otro lado se agotaron todos los recursos de la diplomacia y de la guerra; en uno y otro lado hubo grandes talentos, grandes caracteres, insignes hombres de Estado, insignes capitanes; hiciéronse inmensos sacrificios, y se desplegaron todas las armas del triunfo, y de la persuasion y de la intolerancia. Los monarcas que se mantuvieron fieles á la fé católica, vieron en los secretarios de la reforma enemi-

gos del trono y de la organizacion tradicional de los pueblos; por eso, para ellos, hereje significó lo mismo que rebelde. Igual presuncion legal arrojaron los príncipes de la reforma sobre la frente de los católicos al ver que formaban éstos alianzas ofensivas y defensivas contra los derechos de la dinastía y el órden establecido en el Estado; y si para el monarca católico, protestante significó lo mismo que rebelde, para el príncipe protestante, católico significó rebelde tambien. Contra la herejía, sinónima de rebelion, se desató el furor de los poderes temporales. En medio de la crisis moral se eclipsa la libertad civil y política; las naciones cristianas se convierten en dictaduras. Siglo de implacable lucha, de intolerancia y persecucion, aquel siglo convirtió al verdugo en rueda principal de la máquina del gobierno, y al tormento en instrumento indispensable para el triunfo de un principio¹. Lutero y Calvino perseguian con más encono y ménos fé que Torquemada; Enrique VIII, con instintos brutales y sanguinarios que no tuvo jamás Felipe II; Isabel, con más fría saña y feroces instintos que la reina

¹ Para formarse idea de la pretendida tolerancia de Lutero, véase el libelo que escribió *Contra las cuadrillas de aldeanos ladrones y asesinos*, en donde aconseja á los príncipes, para poner fin á la insurreccion de los campesinos, que «caigan sobre ellos y los pasen á deguello en público ó en secreto como si fueran perros rabiosos». Y cualquiera que tenga mediano conocimiento de la lucha religiosa y política de aquellos tiempos, sabe que pueden citarse otros muchos consejos de tolerancia por el estilo del que precede; que abundan en los escritos del padre de la protesta, y que unidos á sus actos de cínica y sanguinaria soberbia, acreditan que pocos hombres se han conocido tan intolerantes como aquél que, segun algunos pretenden, vino á revelar á la humanidad el principio del libre examen. Véase lo que dice sobre esto HALLAM, *Historia de las letras en Europa*, t. I, cs. IV, VI y t. II, c. II: «Cualquiera que sea el juicio que hayamos formado acerca de las doctrinas de Lutero, escribe Hallam, debemos tener el mayor cuidado; al estudiar en la historia los principios de la reforma, de no dejarnos seducir por las alegaciones tan superficiales como inexactas que sientan algunos escritores modernos. Tales, por ejemplo, la especie de que indignado contra lo absurdo de las supersticiones remanentes procuró introducir un sistema religioso más racional; ó bien esta otra, de que se abrió campo al libre examen y de los derechos ilimitados del criterio individual; ó bien aquella otra que quisieron dar á entender algunos escritores, pretendiendo que el amor á la ciencia y á la filosofia de la antigüedad arrastró á Lutero á combatir la ignorancia de los frailes y la politica funesta de la Iglesia, que ponian obstáculo al cultivo de las letras. Tales afirmaciones no son más que sutilezas de mala fé. Todo hombre de sentido común que conozca los escritos de los primeros reformadores, ó que haya estudiado su historia, sabe que el conjunto de las doctrinas de Lutero no son más racionales, es decir, más conformes con las premisas del razonamiento *a priori* que puedan serlo las doctrinas de la Iglesia romana, ni tampoco pretendió jamás Lutero que lo fueran. En cuanto al libre examen, no cabe dudar que lo ejercieron en beneficio propio los que abandonaban sus antiguos altares, pero no lo hicieron seguramente fundándose en alguna teoria sobre el derecho ilimitado de pensar y juzgar cada cual conforme le diera la gana...» (C. IV, p. 304.) Si se examinan á fondo los sucesos de aquel tiempo, se verá que el libre examen, ni fué principio en el

María, desollaba vivos á los sectarios y mandada ahorcar á los jesuitas. Si Roma redactaba el Índice expurgatorio contra los libros heréticos, Isabel de Inglaterra promulgaba su terrible ley marcial contra los que tuvieran en su poder libros, folletos ó escritos prohibidos por el capricho de la graciosa majestad británica. Si por la inquisición político-religiosa de la majestad católica se cometen algunos yerros y graves injusticias; si por ella se perseguía á hombres como Fr. Luis, mucho mayores son en todos terrenos las iniquidades de la Inquisición protestante, que encerraba en sus calabozos á Grocio, mandaba al cadalso á Fischer y Tomás Moro, y con aplauso de todas las sectas, del suave Melancton, como del exaltado Bucero, condenaba á la última pena á Miguel Servet y demás ilustres sábios y hombres de Estado. Aquí se hacían autos de fé; allí Enrique VIII condenaba á ser quemado vivo á todo clérigo, y á cadena perpétua y confiscación de bienes á todo seglar, que no dijera *credo* ante el símbolo confesional redactado por la corona anglicana.

cual hicieran gran hincapié los reformadores en el curso de la controversia, ni prevaleció tampoco en la práctica. La reforma fué un cambio de yugo nada más.... Los controversistas católicos no han cesado de ochar en cara á los protestantes el que la reforma se llevara á efecto por agresiones violentas y calumniosas, por los excesos de muchedumbres fanatizadas ó por la tiranía de los príncipes; y que luego, después de haber incitado á las masas ignorantes á alzarse rebeldes contra la autoridad de su Iglesia, los reformadores retiraran de pronto esta libertad al criterio individual, y suscitaran con la mayor violencia, más de una vez con el cautiverio y la muerte, á todos aquellos que osaban apartarse del credo reformado. Tales censuras, confesmosios para vergüenza nuestra, están fundadas en verdad y no pueden ser tachadas de injustas. (C. VI, pag. 380, t. I.) Tras del testimonio del sabio historiador protestante, citaremos el de otro racionalista, no méanos sospechoso de parcialidad á favor del Catolicismo: «Cuando los protestantes anatematizan los primeros actos de la revolución, escribe Quinet, anatematizan, sin quererlo, los orígenes y los actos de la reforma. Por donde quiera que ésta hizo explosión en el siglo XVI, sus primeros actos fueron la destrucción de las imágenes, el sacó de los templos, la venta de los bienes eclesiásticos, el mandamiento de acatar y obedecer, hasta en el fuero interno de la conciencia, al nuevo poder espiritual, y el destierro, en fin, y la persecución, no sólo de todos los sacerdotes, sino también de todos los que en el fondo de su corazón se mantenían fieles á la antigua Iglesia. Esto es lo que ha hecho la reforma: ésta es la manera como ha podido establecerse y arraigarse en el mundo. ¿Qué más fué lo que hizo la revolución francesa en la época peor del terror? EDGAR QUINET, *La Revolution*, t. I, lib. V, c. IX.

«La palma de la crueldad y de la pérdida en materia de persecuciones religiosas, escribe el anglicano L. M. Neale, corresponde á los protestantes; y sin embargo, ¡cuántos saben de memoria los hechos del duque de Alba y de Vargas, que no han oído hablar de los crímenes, mayores aún, de un Lumey ó de una Maris Brandt!... Si hubiera que adjudicar un premio á la crueldad de que dieron muestras los católicos durante sus luchas con los protestantes, habría que inventar para éstos otro premio mucho mayor, porque los excedieron en refinamiento de maldad.» L. M. NEALE, *Historia de la iglesia jansenista en Holanda*.

Pero á medida que se va desenvolviendo la terrible contienda, el Catolicismo adquiere nuevo vigor, y declina en cambio gradualmente la reforma. El resultado inmediato del protestantismo fué producir en el órden espiritual el mismo trastorno que más tarde habia de producir en el órden político la revolución moderna. Unificó por un lado el poder de monstruosa manera, depositando en él incontrastables elementos de tiranía, devolviendo á los cé-sares el principio del despotismo pagano: la union del cetro y del pontificado. Por otro lado proclamó la anarquía para la sociedad espiritual, pulverizó la constitucion de la Iglesia en un individualismo funesto, que convierte á la razon individual en árbitro supremo de la creencia religiosa. Así es que apenas nacido el protestantismo, se multiplican las monarquías despóticas con las Iglesias nacionales é independientes, y fermenta en el seno de los reformadores increíble discordia; las sectas germinan entre las sectas, los sectarios se enfurecen contra los sectarios, el calvinista dá tormento al luterano, el luterano persigue y destierra al calvinista, los episcopales predicán el exterminio de los puritanos: todo entre ellos es discordia, anarquía, ódios, rencores insaciables.

Nada, en efecto, más insensato que las supersticiones que se multiplican en el seno del protestantismo; nada más incoherente, nada más pobre, como controversia y doctrina, que la teología protestante enfrente de la admirable unidad y fijeza de la doctrina católica, y de los insignes é incomparables controversistas que surgieron para sustentarla en el siglo XVI. Al día siguiente de la reforma, inextricables disputas, sofisterías increíbles, fanatismos espantosos, engendran ódios mortales y persecuciones atroces en el campo de los nuevos sectarios. Cuanto puede concebirse de más irracional circula como doctrina de fé entre aquellos fanáticos. Lutero anuncia que tiene conferencias con el diablo en persona, y que éste le inspira comentarios á la Sagrada Escritura. Zuinglio también está asistido por un fantasma, que unas veces le aparece blanco y otras negro; y es quien le revela la interpretación que segun él se debe dar al texto de la Eucaristía. Melancton consulta solícito las estrellas, hace magistrales horóscopos, y lleno de espanto vaticina á Europa, que por el movimiento de los astros, y por el aspecto horrible que ofrece el planeta Marte, ha descubierto que en el año primero del siglo siguiente el gran

turco se apoderará de Italia y subyugará á Alemania. No se conoce, en fin, extravagancia y delirio que no encuentre entre aquellas gentes apóstoles fanáticos y crédulas muchedumbres. Allí hay un sastre, que recorriendo desnudo las calles de Munster, y gritando «*que viene el rey de Sion*», se ha constituido en jefe de la más sanguinaria de las sectas; allí un platero, que se dice dotado del don de profecías, y anuncia que es voluntad del Eterno que á aquel sastre lo hagan rey para que desde Sion extienda su imperio por los cuatro ángulos de la tierra. Allí hay un facineroso que pretende que el espíritu del Mesías ha descendido sobre él, y predica en consecuencia la matanza de todos los sacerdotes y magistrados de la tierra; allí, en fin, otro loco, que se cree él mismo hijo de Dios, y proclama otro nuevo evangelio, en donde entran como ley divina todas las abominaciones. Pero fuera tarea sobrado larga enumerar los horribles fanatismos que fermentaron de pronto entre aquellos hombres, que de cristianos parecían haberse convertido en salvajes sin entrañas.

Igual desconcierto se nota en punto á la unidad del dogma y de la doctrina. Cada cual profesa dogmas distintos, y pretende imponer á los demás, como declaraciones dogmáticas infalibles, los más extraños disparates teológicos. Unos á otros se persiguen y degüellan sin piedad para establecer las nuevas doctrinas sobre la Eucaristía y la gracia; arrojan á los unos á las hogueras porque no aceptan las reformas en el ritual de la misa; les rompen á los otros los huesos porque no están convencidos de que el sacerdote deba officiar sin sobrepelliz; á los anabaptistas los ahogan los calvinistas en el lago de Zurich, para demostrarles mejor las sanas doctrinas acerca del bautismo. Los corifeos como Lutero, Calvino, Carlostadio, Zuinglio, Melancton, Bucero y demás, profesan credos tan contradictorios, unos de otros, y formulan entre sus símbolos de fé artículos de tal índole, que, como observa juiciosamente Hallam, «ningun protestante que se respete y esté dotado de sano juicio se atrevería hoy á aceptar los diferentes símbolos confesionales que sustentaron aquellos primeros protestantes»¹.

¹ HALLAM, *Histor. de la Lit.*, c. VI. Creemos, sin embargo, que los protestantes del siglo XVI podrían con no menor justicia hacer igual observación á los protestantes contemporáneos de Hallam. Difícilmente comprenderían aquellos primeros protestantes, como una persona que se respete y esté dotada de sano juicio pueda atreverse á intitularse calvinista, luterano, etc., y hasta creerse cristiana, cuando desecha toda fé

Los unos creen en la presencia real, los otros la declaran abominable herejía; los unos son semipapistas, y como Melancton, están dispuestos á reconocer la supremacía del pontífice y la jurisdicción de los obispos; los otros son antipapistas frenéticos, y atacados de clerofobia, reclaman una iglesia revuelta, sin pastores, ni obispos, ni pontífice. Estos declaran que el pecador, en teniendo el convencimiento de que se halla en gracia de Dios, está seguro de su justificación, aunque no lo esté de su penitencia; aquellos proclaman que basta la contrición del pecador, sin las buenas obras ni acto ninguno meritorio, para alcanzar el Paraíso. El uno es pelagiano completo; el otro semipelagiano. Este sostiene con Zuinglio que ningún pecado se borra por el bautismo; aquél lanza anatemas contra quien no crea que todos los hombres se condenan por la fuerza del pecado original. Se forman batallones de energúmenos para demostrar en los campos de batalla, á estilo de Mahoma, las doctrinas de la predestinación y de la gracia; y contra estos batallones reformados se lanzan otras huestes de peligrosos orates, que ponen á sangre y fuego las más hermosas comarcas de Alemania, á fin de convencer al universo de que no se deben bautizar los niños antes de la edad de razon. Imposible hacer concordar las confesiones de fé redactadas para producir paz y concordia entre los sectarios. Si los unos quieren imponer la confesion de Augsburgo, los otros prefieren la de Estrasburgo. Cada una de las cuatro variantes del artículo X de la confesion de Augsburgo halla partidarios igualmente exaltados é intransigentes. Los zuinglianos tienen su confesion; los franceses y ginebrinos la suya, el elector palatino Federico III también la suya. Los polacos no aceptan el símbolo reformado sin introducir en él profundas variantes; los Países-Bajos también no se conforman sino con un credo que se diferencia de todos los demás; la Iglesia de Escocia proclama á la vez dos confesiones distintas; Suecia, protestante, destierra á todo el que no acepte cada uno de los artículos de la de Augsburgo. Las cárceles de Inglaterra se llenan de reformados,

en lo sobrenatural, y sus creencias religiosas se reducen á simples opiniones filosóficas, y no respeta la divinidad de Cristo, y pertenece, en fin, á una escuela que á veces ni aun espiritualista puede llamarse. A esto es, sin embargo, á lo que ha venido á degenerar en nuestros días el protestantismo por natural desenvolvimiento de sus doctrinas. La única comunión que hoy podría compararse con los protestantes del siglo XVI, es la nueva secta de los católicos viejos.

perseguidos por otros reformados. Pocos meses de vida contaba la reforma, y ya entre sacramentarios y antisacramentarios, luteranos, calvinistas, zuinglistas, anabaptistas, etc., nadie se entendía. No había entre ellos dos hombres conformes de toda conformidad en la interpretación de los artículos de fé; en cambio nada más comun en aquellas filas que ver á algun apóstol, que había pedido exterminio y degüello contra todo aquél que no aceptaba el sentido figurado, pedir luego, con no menor furia, exterminio y degüello contra el campeón del sentido literal de las palabras sacramentales en la Eucaristía. Lutero condena en 1518 la confesión auricular, y en 1520 la declara, no sólo útil, sino también necesaria para la salvación; y al año siguiente la vuelve á desechar como contraria al Evangelio. Se somete hoy al pontífice, y declara anatema á quien no imite esta humildad y obediencia ante la silla apostólica, que tiene por deber todo cristiano; pide perdón de sus rebeliones pasadas; escribe cartas serviles á Leon X y Carlos V; declara que nunca acudirá á la fuerza de las armas para propagar su doctrina; y mañana anuncia al pueblo de Wittemberg que las bulas que ha recibido del papa las ha escrito el mismo Anticristo, y escribe al pontífice: «Todo lo que vos condenéis lo apruebo yo; todo lo que vos aprobéis lo condeno yo»; y concita á príncipes y pueblos para exterminar al Anticristo coronado que vive en Roma. Sostiene primero como doctrinas indiferentes la consustanciación y la transustanciación, y más tarde escribe á Enrique VIII: «Yo había enseñado que no importaba que el pan quedase ó no quedase en el Sacramento; pero ahora transustancio mi opinión, y declaro que es iniquidad y blasfemia decir que el pan se transustancia»¹.

Esta era la singular teología y la incoherente y grotesca dogmática que se profesaba en el campo protestante. Con tan maravillosa producción de credos diversos, bien pudo á mediados del siglo siguiente imprimirse en Ginebra rica y lujosa colección de las distintas profesiones de fé reformadas. El editor dedicaba esta colección á los reyes de Inglaterra, Escocia, Dinamarca, Suecia, y á los príncipes y repúblicas protestantes, y la presentaba «como un cuerpo completo de la santa teología, y como actas auténticas á las cuales es preciso recurrir para conocer la fé antigua y primitiva»².

¹ *Contra Reg. Angl.*, tom. II.

va»³. Sin embargo, semejante cuerpo de santa teología se compone de las confesiones más contradictorias, que con frecuencia se anatematizan unas á otras en muchos artículos de fé. ¿Cómo, pues, pudieron coleccionarse para ser presentadas como cuerpo de doctrina de una misma comunidad? Es que en el protestantismo el artículo de fé es lo accesorio; no son allí los dogmas los que hacen constituir Iglesia; aquellas sectas, tan innumerables como heterogéneas, forman comunión, porque antes que luteranos, calvinistas, zuinglianos, episcopales, presbiterianos, antes aún que cristianos, lo que son es PROTESTANTES, es decir, rebeldes; el ódio contra el Catolicismo constituye en realidad toda su religión. No son los principios de fé comunes, sino los ódios comunes, los que producen comunión y hermandad entre ellos.

Y si tan incoherente y discordante aparecía la doctrina entre los reformados, no ménos relajada y discordante que la doctrina andaba allí la moral. «Algunas ciudades de Alemania, escribía Erasmo, se llenan de fráiles escapados de sus conventos y de clérigos casados. Allí no se hace más que bailar, comer, beber y dormir; ni enseñan, ni aprenden. Gente viciosa, no conocen la moderación y la sobriedad en sus costumbres. Allí donde ellos van, desaparece la piedad y toda disciplina»⁴. Hartos estamos de oír gritar: «Evangelio, Evangelio, Evangelio»; costumbres evangélicas es lo que deseamos⁵. Ellos no buscan más que dos cosas: renta y mujer; lo demás se lo dá su evangelio, es decir, la facultad de vivir conforme les dé la gana⁶. A nadie he conocido, á quien la reforma no haya hecho peor en lugar de mejorarle. ¿Qué raza evangélica es ésta? Jamás se ha visto nada más licencioso, ni más sedicioso al mismo tiempo: nada, en fin, ménos evangélico que estos supuestos evangélicos. Suprimen las vigiliass y los divinos oficios, tanto de día como de noche, porque son, dicen ellos, supersticiones farisáicas; pero era necesario reemplazarlas con algo mejor, y no volverse epicúreo por tanto alejarse del judaísmo. Todos son excesos en esta reforma: se arranca lo que sólo se debía limpiar, y se pone fuego á la casa para consumir la basura que hay en ella.

¹ *Syntagma Conf. fid.* Ginebra, 1654.—BOSSUET, *Variaciones*, etc., prólogo, párrafo XI.

² *Eplst.* 902.

³ *Eplst.* 946.

⁴ *Eplst.* 1,006.

Descuidanse las buenas costumbres; el lujo, la disolución y los adulterios se multiplican cual nunca: no hay regla ni disciplina ¹. Parece que la reforma se reduce á desenfrillar á algunos religiosos y casarse algunos clérigos, y esa gran tragedia termina al fin por un suceso muy cómico, pues que todo se desenlaza como en las comedias: por un casamiento. Este es el modo que tienen de mortificarse ².

El Catolicismo se presenta, por el contrario, en la lucha armado de admirable unidad en la doctrina y vigor extraordinario en la disciplina eclesiástica. El siglo XVI es quizás para la Iglesia más fecundo que ninguno de las anteriores centurias en grandes controversistas, en grandes caracteres y en varones insignes, modelo de santidad y perfección. Al principio del siglo se albergaban en su seno la incredulidad y la indiferencia; el papado se veía humillado en su importancia y jerarquía, de él se burlaban los fieles y le escarneaban los príncipes; relajadas las costumbres eclesiásticas, en áuge la simonía, en las más altas como en las más humildes filas de la Iglesia se había infiltrado aquella corrupcion culta, tan característica del Renacimiento como contraria al espíritu del Catolicismo; aquella inclinacion que en las artes y en la filosofía, como en las letras, se inspiraba en el génio pagano. Mas todo ha cambiado de aspecto al terminar el siglo. De tal modo el fervor religioso ha sustituido á la indiferencia, que con razon puede decirse que en las guerras, como en las grandes cuestiones que se debaten por entonces en la sociedad europea, no se conocen sino intereses religiosos. Del concilio de Trento sale sábiamente reformada la disciplina de la Iglesia, admirablemente consolidada la autoridad pontificia. Se suceden en la silla de Pedro pontífices de vida austera y piedad profunda: en lugar de Alejandro VI ó Leon X, Paulo IV, Pio IV, Pio V, Sixto V. Los mismos reyes vuelven á la fé sincera: en lugar de un Carlos V, preside el partido católico un Felipe II, adherido con inquebrantable convencimiento á la misma fé que sus súbditos. Un emperador como Fernando II, dispuesto á perder el trono imperial antes que abandonar la religion de sus mayores, lucha en Alemania contra los ejércitos de la

¹ *Epist.*, p. 818, 822; lib. XIX, ep. 3; XXXI, 47; lib. VI, 4; XVII, 6, 24; 49; XIX, 3, 4, 133, etc.

² *Epist.*, lib. XIX, 3, 41.

protesta: le secunda en sus esfuerzos un Maximiliano de Baviera, creyente como los antiguos paladines de las cruzadas. Segismundo de Suecia se deja arrancar la corona antes que renunciar á la fé católica. Las órdenes monásticas corrigen sus abusos y se reorganizan con las reglas de la más severa disciplina. Juan de la Cruz establece los carmelitas descalzos; Vicente Macero la órden tercera de San Francisco; San Cayetano instituye los clérigos regulares de la órden de Letran; Vicente de Paul las hermanas de la caridad y la órden del refugio; Juan de Dios su heróico instituto de caridad cristiana; José de Calasanz las escuelas pías. Se funda tambien la congregacion de la propaganda de la fé, y por todos lados se reforman los antiguos institutos y se agrupan con portentoso fervor nuevas congregaciones religiosas. Diego y Pedro de Alcántara, Luis Gonzaga, Estanislao Kostka, Magdalena de Pazzi, son admirables modelos de perfeccion interior, de caridad y virtud austera. Santa Teresa conmueve al siglo con sus sublimes arrobamientos; Juan de Ávila, con sus enérgicas predicaciones, prosterna á sus piés pueblos enteros; Luis de Leon derrama en dulce poesia celestiales inspiraciones; Luis de Granada difunde con magistral acento el dogma cristiano; los grandes doctores de Trento, y Belarmino y Suarez, hacen pedazos en las discusiones teológicas las proposiciones de la protesta; San Carlos Borromeo, San Ignacio, San Francisco Javier y San Francisco de Borja, y la compacta falanje de santos varones que produce aquella época de fé, asombran al mundo con el ardimiento de la abnegacion y los rigores de la penitencia; millares de misioneros, sin temor al martirio, se lanzan á conquistar mundos nuevos para la Iglesia de Jesucristo.

Pero la obra más eficaz de reconstitucion despues de los decretos del concilio de Trento, el arma de combate más incontrastable que entonces surgió del seno de la Iglesia, fué la creacion de la compañía de Jesús. Al frente de Lutero se coloca el gran Ignacio de Loyola, y organiza esa admirable milicia, batallon sagrado reclutado entre lo más selecto de los pueblos cristianos, y que, por la abnegacion heróica y el mérito personal de los campeones, desde el día mismo en que se constituye, se presenta como capaz de hacer frente él solo á todos los enemigos de la Iglesia, y se convierte en inexpugnable baluarte del pontificado. Inminentes

quizás como en ninguna época eran los peligros que por aquellos días amenazaban á la santa sede. No podía ser mayor el desquiciamiento en el mundo católico: la invasion protestante se extendia por Europa como un torrente que ningun obstáculo podia ya contener. En ménos de treinta años casi todas las naciones comprendidas entre el Báltico y los Alpes habian abrazado la herejía; con tales defecciones el Catolicismo se veia como acorralado en un rincón del Mediterráneo. Mas en cuanto apareció la compañía de Jesús vinieron de nuevo increíbles triunfos para la Iglesia. De derrota en derrota retrocedia el protestantismo desde los Alpes hasta el Báltico; y cuarenta años más tarde quedaba para siempre relegado en los mares del Norte. No habia aún corrido un siglo desde que se fundó la insigne milicia, y ya el orbe se asombraba de las grandiosas empresas á que habia dado cima, y de los sacrificios y martirios que habia sufrido por la fé. Ninguna órden religiosa reunió nunca tanta eminencia en todos los ramos del saber; ninguna sociedad humana abarcó nunca más vasto campo de actividad y trabajos. Por el mundo entero, lo mismo en los trópicos que entre los hielos del polo, lo mismo en la culta Europa que entre la más brutal de las tribus salvajes, aparecia el jesuita consagrado á todo género de trabajos y dispuesto á los sacrificios más heroicos. Consejeros de los reyes, controversistas tan infatigables como brillantes, teólogos y filósofos de primer órden, historiadores, anticuarios, estadistas, matemáticos, astrónomos y naturalistas; adquiriendo singular renombre en las cátedras universitarias; fundando colegios, que pronto fueron los primeros y más concurridos por lo más selecto de la juventud; llenando las bibliotecas de insignes producciones en todos los ramos de las letras y del saber; ocupando puesto preeminente en la oratoria sagrada; reputados como los más sábios y prácticos directores espirituales de la Cristiandad, no se conocia género alguno de actividad intelectual en que no se distinguieran los miembros de la ilustre compañía.

Lo mismo servían para convertir al salvaje, como para devolver la fé al luterano. Lo mismo se distinguían disertando sobre los clásicos, como escribiendo libros sobre la potestad del romano pontífice. Con la misma maestría versificaban en latin y componian magistrales discursos ciceronianos, como aprendian una len-

gua bárbara de tribus desconocidas en Europa, ó improvisaban admirables impugnaciones de la herejía, dejando mal parados á sus contrarios por la fuerza de incontrastable dialéctica. Nadie manejó mejor las lenguas clásicas, ni cultivó con más brillo las bellas letras, y nadie tampoco supo presentar con más fuerza los flacos del protestantismo, ni les superó en el terreno de la controversia teológica. Cuando se dirigian á las muchedumbres, sabian despojarse de todo aparato escolástico, y dejar á un lado citas y comentarios eruditos, para valerse exclusivamente del sentido comun, y exponer con asombrosa claridad las cuestiones más árduas y los distingos más sutiles, presentándolos con tal sencillez y con argumentos tan concluyentes, que arrebatan al auditorio más decidido y dispuesto á no dejarse convencer. En cambio, cuando controvertian con los doctores del protestantismo, para robustecer los argumentos, sabian tambien como nadie evocar á cada paso con portentosa erudicion la autoridad de los santos padres, desenmascarar los más sutiles sofismas, y resolver con ingenio objeciones que parecian insolubles. Teodoro de Beza, no pudiendo dominar el asombro que le causaban las controversias de Bellarmino, exclamaba ante una reunion de sectarios: «Este libro, él sólo nos aplasta á todos». Pocos dias de mision bastaban al jesuita para que una ciudad como la de Faenza, entregada á la herejía y soliviantada contra el pontificado por las predicaciones del célebre Ochino, se viera totalmente trasformada, hasta el punto de abrazarse por las calles sus habitantes en señal de reconciliacion con Dios y de alegría por haber vuelto al seno de la Iglesia; y el capuchino apóstata, que habia encendido allí el ódio y el cisma, tenia que abandonar la ciudad. Las muchedumbres de la alegre Venecia, ávidas de escuchar á Laynez, pasaban noches enteras apiñadas en las puertas de los templos, y la oratoria del insigne español, no sólo consiguió allí la conversion de gran número de herejes, sino que alcanzaba tambien un triunfo inaudito en los anales de la reina del Adriático, haciendo que aquel ostentoso empório del comercio del mundo, habituado á celebrar el carnaval con ruidosas bacanales, en que andaban confundidos el veneno y el licor, el puñal y los placeres, disminuyera aquel año las pompas de sus bailes y orgias, para acordarse más del luto de la Iglesia que de las farsas carnavalescas. Tanto como entre las masas, los hijos de Ignacio

producian tambien extraordinarios arrepentimientos entre los mismos corifeos de los sectarios.

El jesuita aparecia en la China cubierto de las insignias y del traje del mandarin, dirigiendo observatorios astronómicos, fábricas y escuelas en el celeste imperio; y el mismo hombre que habia sido mandarin en la China, se presentaba luego en el Paraguay convirtiendo á las tribus nómadas en poblaciones sedentarias, y enseñándoles el cultivo de los campos. En las regiones más apartadas del globo, allí donde no habia llegado aún la codicia del tráfico, habia penetrado ya para hacer conquistas á la fé y conseguido insignes triunfos el entusiasmo del jesuita; y el mismo hijo de Loyola aparecía luego entre las naciones infieles de la culta Europa, oculto bajo el traje del peregrino, ó del elegante hidalgo, ó del rígido puritano, consagrado siempre á la defensa de la fé, y arrostrando por ella continuos peligros de muerte. En medio de situaciones tan diversas, á pesar de ser tan vastos y heterogéneos los trabajos en que se distinguia la órden, es imposible concebir unidad y concordia mayor de acciones y sentimientos que entre los miembros de la compañía; imposible hallar entusiasmo y abnegacion mayor, disciplina y obediencia más absoluta, que entre aquellos religiosos, que lo mismo eran consejeros predilectos de los reyes, diplomáticos sagaces, presidentes y oráculos de las academias, como misioneros entre salvajes, preceptores de la juventud ó humildes confesores. Jamás se conoció legion compuesta de hombres más sábios, ni más sábiamente organizada, ni más sábiamente dirigida. Jamás hubo ejército mejor disciplinado y de más sublime abnegacion. De sus jefes recibia el jesuita la órden de consagrarse á investigaciones de anticuario en las colecciones del Vaticano, ó de ir á civilizar á los caribes, ó de desempeñar las cátedras más difíciles de las universidades, ó de intervenir en las negociaciones diplomáticas más escabrosas, ó de vivir en los lazaretos, ó de frecuentar los salones y residir en los palacios de los príncipes, ó de prodigar los últimos consuelos de su ministerio en las regiones azotadas por la peste, ó inclinarse sobre los lábios infestados para recoger los últimos acentos de la confesion de un moribundo. Y exaltado siempre por el mayor entusiasmo, anhelando siempre la palma del martirio, el jesuita cumplia con ardimiento de apóstol la órden severa que á otro hubiera llenado de espan-

to; y se unia á la primera caravana que cruzara el desierto, ó se embarcaba en la primera nave que fuera á levar anclas, para llegar cuanto antes allí donde tenia por cierto que todo habia de ser asechanzas y peligros de muerte; donde, perseguido como una fiera, sabia que dictaba la ley la última pena contra quien le diera asilo, y podia apreciar la suerte que le esperaba viendo al verdugo mutilar bárbaramente los cuerpos y colgar en la plaza pública las cabezas de sus hermanos en la órden, víctimas de la ley de exterminio lanzada contra ellos.

En cuanto llegaron á las regiones que eran foco de la herejía, los jesuitas subieron á las cátedras universitarias, crearon nuevos centros de enseñanza y reorganizaron por completo la educacion en todos sus ramos. Tan grande y fecunda como fué la renovacion que imprimieron en la fé y piedad de los pueblos, fué tambien la renovacion que produjeron en las ciencias y las letras. Fué tal el brillo y esplendor que dieron á sus cursos, tanta la superioridad de sus estudios sobre los métodos empleados en las demás academias, que pronto los mismos luteranos llegaron á confiarles la educacion de sus hijos. Si el siglo sentia predileccion por los estudios clásicos, los jesuitas les daban inusitado impulso en sus escuelas; en ningun lado se leian tan magníficas odas latinas y griegas como en los colegios de la compañía ¹. Si andaban en boga las representaciones dramáticas, ellos abrian al público las puertas de sus estudios para que asistiera á un drama sagrado representado por los escolares, y ojera despues alguna animada é interesante concertacion sobre filosofia ó materia teológica. Si reinaba alguna preocupacion contra la enseñanza retribuida, ellos la daban gratuita. No es, por tanto, de extrañar, que lo mismo que hoy sucede con no pocos padres de familia, que afiliados en el radicalismo revolucionario, y por consiguiente, enemigos irreconciliables de la compañía y sus perseguidores sistemáticos, les confían, sin embargo, la educacion de sus hijos; entonces tambien muchos protestantes de Alemania, convencidos de que los escolares aprovechaban más seis meses de enseñanza de jesuitas que dos años al lado de otros maestros, retiraran sus hijos de las demás escuelas para llevarlos á los colegios de los sacerdotes españoles, como llamaban á los jesuitas.

¹ HALLAM. *Historia de las letras*, etc., t. II, c. I.

maban por aquel tiempo á los jesuitas en la Germania. «Nos vencieron en nuestro propio suelo, en nuestros propios hogares, exclama Ranke; nos quitaron una parte de nuestra nacion.» Ellos fueron, en efecto, los que reconquistaron para la Iglesia gran parte de Europa; ellos fueron los que con sin igual habilidad formaron la nueva juventud, y cultivaron los más esclarecidos ingenios de las generaciones siguientes, para hacerlos servir de campeones de la fé. Ellos formaron, en fin, la legion heroica que más victorias alcanzó sobre el protestantismo y supo defender mejor el baluarte del pontificado con las armas de la controversia y de la diplomacia, con las misiones y la enseñanza, con el cultivo de las letras y artes y el ejercicio de todas las virtudes del apostolado cristiano. En 1537, cuando fundó Ignacio la compañía de Jesús, el más horrible incendio se extendía por Europa; nadie creía que hubiera fuerzas que lo pudieran dominar. Humanamente hablando, bien podía entonces el protestantismo vaticinar con toda razon que en breve el pontificado iba á desaparecer para siempre. Todas las apariencias estaban á favor de este vaticinio, y bien podía pasar por insensato á los ojos del mundo quien no creyera entonces firmemente en el próximo cumplimiento de la profecía protestante. Eran tales las tragedias espantosas que una tras otra sobrevenían contra la Iglesia, que hasta los mismos católicos sinceros, al observar los sucesos contemporáneos, tenían sobrado motivo para vacilar en su fé; se necesitaba la fé ciega que traspasa los montes para guardar alguna esperanza. Pero en cambio en 1556, cuando murió el fundador de la célebre milicia, áun humanamente hablando, lo natural era creer en la próxima ruina del protestantismo y presagiar que se preparaba para el pontificado una época de tanta gloria y respeto como la de Gregorio VII. Menos de veinte años habían bastado á la compañía de Jesús para destrozár á la hidra de cien cabezas y extenderse por el universo. En Europa contaba ya doce provincias eclesiásticas completamente organizadas, y sus numerosas y florecientes misiones en Africa y en el Nuevo Mundo, en Asia y en Oceanía, daban desde aquel dia prueba segura de su vitalidad, y de que llevaba á buen remedio la grandiosa empresa que habia acometido. Tal fué la órden que se levantó contra el protestantismo y dió golpe de muerte á la herejía iniciada por Lutero.

Esa era la enérgica reaccion que producía en el seno del Cato-

licismo el grito de la reforma. Así triunfaba la Iglesia. En un siglo en que todos los partidos eran implacablemente inhumanos con sus adversarios, en medio de una lucha en que como consecuencia de la victoria se trataba de quién habia de ser el verdugo, y la pena de muerte contra la herejía era el arma de todas las confesiones, Roma usó tambien de las armas de la persecucion del brazo secular; pero, á pesar de todo, los soberanos pontífices fueron en ello muy superiores á su siglo: apenas se conocieron en Roma sentencias de muerte dictadas por delito de herejía. El pontificado no debió el triunfo á la fuerza de las armas; lo debió á la gran reaccion moral que produjo entonces en los pueblos el dogma católico. A pesar del apoyo de los príncipes; á pesar de los desastres de la invencible armada; á pesar de la independencia de los Países-Bajos, de la ruina y decadencia política que se preparaba contra la casa de Austria; á pesar del futuro engrandecimiento político y supremacía militar de las principales naciones protestantes, el protestantismo no pudo vencer. En el órden religioso quedó reducido al estado de secta con mil cabezas, incapaz de recibir otro nombre en religion que el de un sustantivo sinónimo de rebelion y protesta, secta que no puede decirse si representa filosofía ó supersticion, y destinada á ir pereciendo de siglo en siglo, hasta caer al fin en la decrepitud é impotencia en que ahora viven en el mundo el maniqueismo, el arrianismo, el paulicianismo y las demás grandes herejías que siglos atrás destrozaron á la Iglesia. Las generaciones que van á seguir presenciarán grandes crisis morales y sociales: verán desatarse la revolucion filosófica del siglo XVIII en favor de la incredulidad, y en el siglo despues presenciarán los albores de la nueva y formidable reaccion católica; pero en medio de tan tremendos vaivenes, el protestantismo permanecerá impotente, estéril, perdiendo de dia en dia mayor número de ovejas en su rebaño. Sólo los intereses católicos aparecerán en juego, luchando enérgicamente contra la impiedad.

El siglo XVI, que en sus comienzos habia visto amontonarse en los horizontes de la Cristiandad una de las más terribles tormentas que se desataron sobre la tiara del pontificado; el siglo XVI, en sus comienzos tan impio, se convirtió al fin en uno de los siglos más gloriosos que ha conocido la Iglesia. Esa misma centuria impía vió serenarse poco á poco la tormenta, y salir de

ella á la autoridad pontificia tan firme como en los dias de Gregorio VII. ¡Qué diferencia entre la córte romana del principio de aquel siglo, y la córte pontificia grave, austera y rígida de pontífices como Pio V y Gregorio XIII y demás grandes papas de ejemplares virtudes que se sucedieron entonces en la silla de San Pedro! Ya no se conocian aquellos alegres y mundanos cardenales llenos de todos los instintos paganos del Renacimiento, protectores magníficos de las artes, pero escasos de las virtudes cristianas que deben adornar á un príncipe de la Iglesia; ya no se daban en Roma las brillantes fiestas de otro tiempo; ya no se reunia la espiritual y elegante sociedad que pasaba tan largas y deliciosas veladas saboreando los versos picantes del Morgante Maggiore y los libres sonetos del Aretino, ó aplaudiendo con frenesí representaciones obscenas: el Tasso ocupaba ahora el lugar de Ariosto, Guercino sustituía á Julio Romano; ya no se veian cardenales en conspiracion perpétua contra el papa, ni papas ciñendo la espada y prefiriendo á la tiara el casco del guerrero. La córte y la ciudad pontificia se habian trasformado por completo; todo en ellas daba ahora ejemplo de la austeridad y virtud de la vida cristiana. Cardenales y prelados, órdenes monásticas, clérigos y seglares cumplian religiosamente las prácticas de piedad, y todo interior doméstico tenia el aspecto de la rigidez monacal. En Roma abundaban, como en ninguna otra ciudad de Europa, los grandes políticos y hábiles diplomáticos, los grandes artistas y los sábios eminentes, las mayores notabilidades, en fin, de todos los ramos; pero aquella córte reflejaba su severidad sobre todos los caracteres, y en cuantos personajes albergaba en sus muros la ciudad eterna, se veia impreso el mismo sello de austeridad religiosa. El Catolicismo reaccionaba de nuevo, y reanimaba con su soplo de vida cuanto parecia inerte y gangrenado; bajo su impulsion, todos los grandes problemas de la política, todos los órganos de la literatura y del arte, toda la vida social, adquirian nuevo aspecto. Roma, tan despreciada y aborrecida por su inmoralidad y depravacion, daba al mundo extraordinario ejemplo de moralidad, piedad y virtudes de toda especie, y recobraba su autoridad moral entre los príncipes y los pueblos, se convertia de nuevo en centro del movimiento europeo.

1. L. A. RANKE, *Historia del Papado en los siglos XVI y XVII*, lib. IV, pág. 300.

En medio de tan espantosa convulsion, los pontífices, no sólo habian continuado siendo los guardianes del dogma contra la rebelion innovadora, sino que tambien en esta ocasion, á pesar de las vastas complicaciones á que tuvo que hacer frente la santa sede, se mantuvieron fieles á su mision tradicional de defensores de Europa, contra la media luna; y el glorioso combate de Lepanto vino á coronar entonces sus seculares esfuerzos. Domado el huracan, la nave, insubmersible continuaba bogando hácia su misterioso destino.

El siglo XVI es uno de los que ponen más de manifiesto la influencia tutelar y la mision constituyente y salvadora que desempeña el pontificado entre las naciones cristianas. Algunos entendimientos superficiales, habituados á juzgarlo todo con un prisma que no produce sino impresiones falsas, podrán decastarse en declamaciones é invectivas contra los abusos cometidos por pontífices como Alejandro VI; pero no darán con ello ciertamente sino clara muestra de la pobreza de su juicio. Creemos no haber ocultado ninguno de los abusos que momentos antes de la explosion de la reforma se habian introducido en el gobierno de la Iglesia; en lo que tienen de justas hemos expuesto las censuras contra los malos papas, con tanta severidad y energia como pudiera haberlas expuesto cualquier sectario de la herejía; pero al mismo tiempo, no comprendemos cómo los defectos y pecados de algunos pontífices puedan ser motivo suficiente para condenar á todos los papas, y negar los incomparables beneficios que la Iglesia y todas las naciones de la Cristiandad deben al pontificado. De tales juicios, propios de energúmenos, huye siempre la historia. Ni el pontificado, ni cualquiera otra institucion, se juzgan de esa manera. Se juzgan, por el contrario, poniendo en una misma balanza el bien y el mal que han producido; oponiendo á los vicios y defectos las cualidades y virtudes de los hombres que han figurado en ellas; observando, en fin, su accion é influencia funesta ó benéfica en la vida de la sociedad, antes de lanzar contra ellas un fallo condenatorio ó de enaltecerlas con alabanzas. «Si quisiera referir abusos de las instituciones más necesarias y fundamentales, escribe Montesquieu, diría cosas increíbles; y seguramente que en esto, por lo ménos, todos los santos padres hubieran estado conformes con Montesquieu. En efecto: todas las instituciones en que

interviene el hombre tienen que resultar imperfectas. No hay, ni habrá poder en la tierra que esté preservado contra el vicio y el abuso; con tristeza debemos reconocer esta influencia irresistible y funesta que ejercen en todo, hasta en las jerarquías más sublimes, las malas inclinaciones de la naturaleza humana. El mismo pontificado no hace excepción á esta regla. Ha habido también malos papas, como han abundado los malos príncipes; hablando con cortesía y dulzura de algun papa, ha podido decir el mismo De Maistre: «*Qu'il était assez mauvais sujet*»¹. Dante también, sin ofender la piedad de los fieles, ha podido tropezar en el infierno con algun soberano pontífice entregado á Satanás; y á ningun cristiano le ha parecido por eso impía la ficción del gran vate florentino. Y es que tampoco á ningun cristiano se le ha ocurrido que á todos los sucesores de San Pedro en la silla apostólica se les debía canonizar, ni es católico siquiera considerar al romano pontífice como impecable. Pero aun cuando haya habido papas merecedores de condenacion y anatemas eternos, seria tan injusto como absurdo juzgar al pontificado por las faltas de los malos papas. Que, por el contrario, junto á las obras meritorias y á la accion bienhechora de la tiara se pongan hasta recargados y centuplicados, si se quiere, los yerros, vicios y crímenes de pontífices perversos, no por eso la Iglesia y el pontificado, que la representa, dejarán de presentarse á los ojos de quien sepa leer la historia como el poder tutelar que ha salvado, dirigido, constituido y civilizado á las naciones cristianas². Así es, en efecto, como se debe proceder cuando se trata de apreciar la influencia social de una institucion. No hay que estudiarla sólo en los actos de un hombre ó en la vida de algunos príncipes; sino en la série de magistrados ó soberanos que en ella han intervenido, y en la accion que esa institucion desenvolvió en la vida social, y en los resultados que produjo. Juzgando con este criterio de imparcialidad al pontificado romano, es como se descubre la incomparable

¹ *Du Pape*, lib. II, c. XIV.

² «Los defectos de los papas, infinitamente exagerados ó mal presentados, dice De Maistre, y que en general se han convertido en provecho de los hombres, no son más que la liga inseparable de toda mezcla temporal; mas todo bien examinado y pesado en la balanza de la más fría é imparcial filosofía, queda demostrado que los papas han sido los fundadores, tutores, salvadores y verdaderos génius constituyentes de la Europa.» *Du Pape*, lib. III, *Resumen y conclusion*.

mision que ha desempeñado en la historia, y resulta ser la institucion más grande y venerable que ha conocido la tierra. No ha existido jamás un trono comparable con el de los romanos pontífices por la série de grandes hombres y caracteres extraordinarios que lo han ocupado, así como por las virtudes y la ciencia que en él han resplandecido por espacio de diez y nueve siglos. Jamás se ha conocido majestad tan benéfica y salvadora, ni más fiel en todo tiempo á su augusta y tradicional mision, que la majestad de estos pontífices. En esa veneranda dinastía se cuentan cuarenta pontífices que derramaron su sangre por la fé; otros sesenta que por su santidad merecieron ser venerados en los altares, y la casi totalidad de los restantes fueron hombres de un mérito de todo punto superior, adornados de cualidades, que muy excepcionalmente se han visto brillar en otros príncipes. A pesar de la larga vida de esa institucion, la más antigua de cuantas hoy existen, apenas se notan ligeros eclipses en la virtud, ciencia y dotes superiores de autoridad, característicos y tradicionales en los sucesores de San Pedro. Podrá ser cierto lo que se dice de los escándalos que hubo en Roma durante el siglo X; podrá ser cierto, aunque no existen documentos serios que lo acrediten, que cuando toda Europa estaba sumida en la confusion y trastorno espantoso de la barbarie, dos princesas licenciosas é intrigantes, meretrices de sangre imperial, enseñoreadas de Roma, pudieron colocar sobre el trono pontificio á sus hechuradas, á sus hijos, y hasta á sus propios amantes; pero pasaron pronto tales escándalos, y la silla apostólica no tardó en recobrar su esplendor, apareciendo en ella una cohorte de hombres llenos de génio vigoroso y austeras virtudes, cuyo pensamiento culmina en Gregorio VII.... Conciencias llenas de seguridad y fortaleza, espíritus ilustradísimos para su tiempo, dotados de muy altos sentimientos, así del derecho en general, como de la suprema é incontrastable mision que pertencía á la Iglesia de ordenar y sujetar á una sociedad disgregada, perturbada y anárquica, intentaron para ello dotar á la Iglesia de un instrumento eficaz y universal, y formaron un clero que debía presentarse como compacta falanje enfrente de las usurpaciones de la potestad civil¹. Más tarde, el revuelto cisma de Aviñon,

¹ R. Bonghi, *Pio IX y sus sucesores*, c. II.

las doctrinas que acompañaron los albores del Renacimiento, los abusos introducidos en la jerarquía y en el gobierno eclesiástico, empañaron también momentáneamente la aureola de la sede romana; pero no tardaron en sucederse otra vez sobre aquel trono nuevos hombres, que, por su talento, sabiduría, virtudes, energía y rigidez de carácter, impusieron respeto á todas las naciones; y el mismo siglo XVI termina presentándonos á la cátedra pontificia rodeada de igual majestad que en los tiempos de Hildebrando.

Lo extraño, pues, no es que haya habido malos papas, sino que los malos papas hayan sido tan escasos, á pesar de haber cruzado el pontificado por siglos tan revueltos y alternativas y revoluciones tan espantosas, y haber vivido en épocas en que el rebajamiento de caracteres y el desenfreno de todas las concupiscencias parecían llegar á su grado extremo. Y lo más asombroso todavía, es que por muy perversos que hayan sido ó se quiera presentar á algunos pontífices, su perversidad moral no tuvo jamás influencia ninguna sobre la doctrina y el dogma. Observa De Maistre que algun reparo se podría hacer hasta en materia de ortodoxia á los actos particulares y opiniones personales de algunos pontífices de la más alta virtud y acendrada piedad, tales como los papas Libero y Honorio¹. En cambio, nada podrá encontrarse que no esté sujeto á la más severa ortodoxia en las doctrinas proclamadas por pontífices calificadas de malvados, como, por ejemplo, aquellos que colocaron en el trono pontificio Theodora y Marozia. Más intachable es el bulario de Alejandro VI que el de Clemente XIV. Hecho inexplicable es éste, á no ser teniendo en cuenta aquella palabra divina que prometió fundar una Iglesia eterna é infalible, con hombres parecidos á nosotros, y dotados de todos los defectos y cualidades de la naturaleza humana; promesa que, por extraña que parezca é imposible de cumplir, se está sin embargo cumpliendo al pie de la letra desde hace diez y nueve siglos. Y los que tan afanosos se muestran de difamar sistemáticamente á los pontífices, atribuyendo todo género de vicios y defectos á los hombres que han ceñido la tiara y á las jerarquías que gobiernan la Iglesia, debieran comprender que, aun dado caso de que sus declamaciones, en vez de calumnias, fueran acusaciones

¹ De MAISTRE. *Du Pape*, lib. IV. Conclusion.

justas, no resultaría con ello sino más asombroso el milagro de la duración de la Iglesia, pues tendrían que confesar que si no es á las cualidades y virtudes de los hombres á lo que debe la santa sede su duración, forzoso es atribuirlo á otro elemento de vida superior, que la hace indestructible á pesar de los vicios de los hombres y de las borrascas de la tierra.

Pero no alarguemos más esta digresion, y volvamos á la lucha entre el pontificado y el protestantismo. Concluía el siglo XVI, y ya el protestantismo aparecía como un cadáver: ponía, sí, en pié por Europa numerosos ejércitos, y todas las naciones del Norte alzaban bandera luterana; pero tales ejércitos, más que dogmas y principios religiosos, representaban y defendían los intereses creados al amparo de la reforma. El protestantismo, como herejía, habia muerto en la controversia dogmática; pero se mantenía en pié como causa nacional é interés político. La reforma, para la mayor parte de los príncipes y señores que se habian declarado sus campeones, habia sido nada más que el pretexto para alcanzar otras miras personales; los príncipes se hacían protestantes para arbitrarse los recursos pecuniarios, de que habian gran menester para cubrir las deudas de su corona, y en el protestantismo veían también el medio de conseguir, en sus respectivos Estados, las atribuciones de la soberanía espiritual, recurso incontrastable para quien ambiciona la autoridad despótica. El escéptico Hume declara que «el verdadero objeto de la reforma en Inglaterra fué apoderarse de los bienes y riquezas del altar»¹. Si de algo peca esta declaracion del historiador, es de no expresar más que la verdad á medias. Inútil añadir que lo mismo que en Inglaterra sucedía en las demás naciones. El principio religioso no sirvió más que de pantalla para todo género de codicias. Pero cuando ante la impugnacion de los teólogos católicos, y la gran reforma de discipli-

¹ *History of Engl. Elisabet*, c. XL, año 1568.

² En Inglaterra, ha escrito Macaulay, la religion fué mero instrumento de las pasiones mundanas. Un rey, cuyo carácter se describe con sólo decir que fué el despotismo personificado; ministros sin principios, una aristocracia poseída de rapacidad, y un Parlamento de lacayos: hé aqui los propagadores de la reforma en Inglaterra. De esta suerte, la separacion con la Iglesia romana, obra comenzada por Enrique VIII, verdugo de sus mujeres, se continuó por Somerset, verdugo de su hermano, y quedó completada por Isabel, verdugo de su hermana. La reforma, en fin, en Inglaterra al ménos, fué el producto de brutales pasiones, alimentadas y sostenidas por una política egoísta. *Ensayo sobre la Historia constitucional de Inglaterra*, de Hallam.